

*Liga Polesotécnica I*

# GUERRA DE ALADOS



Poul Anderson

Una narración sugestiva de hombres y monstruos empeñados en una guerra de conquista del espacio, en la que vence al fin, la voluntad y la inteligencia de los hombres en su afán por conquistar el Cosmos.

## Nota del editor digital.

---

La historia de la Liga Polesotécnica de Poul Anderson (Siglos XXII al XXVI), está enmarcada dentro de una «mega saga» llamada *Saga de la civilización técnica espacial* (siglos XXII al LXXII aprox). Esta ambiciosa obra de Anderson se puede decir que está seccionada «principalmente» en dos tramos históricos. El primero se centra en la época de Nicholas van Rinj, protagonista de una Liga Polesotécnica ya en pleno desarrollo, y finaliza con la decadencia de la misma. El segundo engloba la que se conoce como «Época de los problemas» y de forma más principal, la serie *Flandry*, perteneciente esta última al Imperio Terranao (Siglos después de la disolución de la Liga).

De los inicios de la Civilización técnica espacial y anterior a la Liga Polesotécnica, podemos encontrar: *El juego de Saturno*, una magnífica novela ganadora del Premio Hugo y Nebula y el relato *El problema del dolor*.

**Siglo xxv y xxvi** – Este período, conocido quizá por sus lectores en V. O por «Future history of the Polesotechnic League», está marcado por la existencia de la Liga Polesotécnica, fundada en el siglo XXIII y tiene como personajes principales a Nicholas van Rinj y David Falkayn, que aunque no en todas, si aparecen, bien uno u otro, en la mayoría de los relatos.

En castellano y en orden cronológico aproximado, tenemos: *Un sol invisible*, *Guerra de alados* (novela), *Esau*, *El escondite*, *Rueda de tres picos*, *Territorio*, *El día en llamas*, *Llave maestra*, *El mundo de Satán* (novela), *La estrella del destino* y *Mirkheim* (novela). Todos los títulos pertenecen a la Liga. La mayor parte de los relatos los podemos encon-

trar en una recopilación llamada *Comerciantes de las estrellas*.

De este período existen otros relatos como: *Wings of victory*, *Margin Of Profit*, *The Season Of Forgiveness*, *Trouble Twisters*, *Wingless* y *Rescue on Avalon*; por mencionar alguno, que no están editados en castellano.

**Siglo xxxi** – Después de la disolución de la Liga en el 2550 y tras la llamada «Época de los problemas», se proclama el Imperio Terrano (2700/3500 aprox), el cual tendrá como principal protagonista a Domic Flandry, que da lugar a la subserie «*Flandry*» de la saga, y que transcurre en el siglo xxxi. Por desgracia y a pesar de su importancia dentro de la bibliografía de Anderson, salvo *En órbita* (Mayday Orbit), la más de media docena de novelas de la serie, no se han traducido al castellano.

### —Sobre la Liga Polesotécnica—

Si bien la historia de la *Liga Polesotécnica* de P. Anderson, se compone de multitud de relatos e historias en las que aparecen un sinnúmero de personajes, protagonistas y mundos diferentes, se puede decir que hay tres historias que quizá por su tamaño y desarrollo, son las principales de esta saga: *Guerra de alados*, (*War of the Wing-Men / The Man who Counts*), *El mundo de Satán*, (*Satan's World*) y *Mirkheim*. Editadas estas últimas en castellano como novelas independientes.

Pero este no es el caso del resto de relatos, pues estos han sido editados su mayoría en tres recopilaciones diferenciadas, sin guardar un orden cronológico entre sí ni en relación con las novelas anteriormente citadas. Tanto las novelas como los relatos son historias con «ente» propio a pesar de estar enmarcadas en un mismo período histórico delimitado por la existencia de la Liga Polesotécnica y pue-

den ser leídos sin orden establecido a excepción quizá de las tres novelas. Por este motivo se han numerado tan solo estas últimas como parte de la liga. No obstante siempre es recomendable seguir un orden para entender mejor la historia global y para ello, creo que seguir el anteriormente mencionado puede ser acertado, aunque ni el propio Anderson se hace responsable de dicha cronología.

## Capítulo 1

---

EL GRAN almirante Syranax hyr Urnan, heredero comandante en jefe de la Flota del Drako, Pescador de los mares del Este, Conductor al sacrificio, y Oráculo del Lodestar, extendió sus alas y los volvió a juntar de nuevo con un zumbido sorprendente. Durante un momento, los papeles que había encima de la mesa se levantaron a consecuencia del aire.

—¡No! —dijo—. ¡Imposible! Debe haber algún error.

—Como guste mi almirante —El Jefe Ejecutivo Oficial Delp hyr Orikan, se inclinó con sarcasmo—. Los exploradores, no vieron nada.

El furor, se reflejó en el rostro del capitán T'heonax hyr Urnan, hijo del Gran Almirante, presunto heredero. Su labio superior se levantó hasta que sus caninos colmillos mostraron un destellante reflejo que se oscurecía en su hocico.

—No tenemos tiempo para perder con sus insolencias, Ejecutivo Delp —dijo fríamente—. Aconsejaría a mi padre que se desembarazase de un oficial que no muestra más respeto.

Bajo sus distinguidos corrajes de oficial, la gran textura física de Delp se irguió. El capitán T'heonax dio un paso hacia él. Las colas se abrieron y las alas se extendieron aprestándose para la lucha, hasta que la habitación se llenó con sus cuerpos y su odio. Con un cálculo que al parecer era accidental, T'heonax llevó su mano hacia la parte lateral de su cintura. Los ojos amarillos del Delp relampaguearon y sus dedos se crisparon sobre su *tomahawk*.

La cola del almirante Syranax se batió contra el suelo. Fue como el estallido de una bomba. Los dos jóvenes nobles tuvieron en cuenta el lugar donde se encontraban, y muy despacio, músculo tras músculo, dejaron que estos reposaran bajo las acariciadoras pieles y se relajaron.

—¡Ya basta! —espetó Syranax—. Delp, tu lengua te acarreará muchos disgustos. T'heonax, ya me estoy cansando de tus impertinencias. Ya tendrás tiempo de solventar tus enemistades personales cuando yo sea pasto de los peces. Entre tanto, deja tranquilos a mis pocos oficiales de solvencia.

Fue esta una aclaración hecha con más firmeza que cualquiera de las que nadie le hubiese escuchado desde hacía mucho tiempo. Su hijo y su subordinado se dieron cuenta de que esta criatura de pelo gris, de ojos mortecinos y reumática, había sido en cierta ocasión el conquistador del Maion Mavy. (Un millar de alas de jefes enemigos se habían estremecido de temor desde los mástiles más altos) y todavía era su jefe en la guerra contra los flock. Ellos asumieron su máximo aspecto de respeto y esperaron a que continuaran.

—No tomes mis palabras muy literalmente, Delp —dijo el almirante a media voz. Se acercó hacia la estantería que había encima de la mesa y cogió una pipa de larga boquilla comenzando a rellenarla con largas hebras de algas secas del mar que llevaba en una tabaquera en su cintura. Entre tanto su rígido cuerpo ya anciano se aposentaba buscando la mayor confortabilidad en un sillón de lana, y cuero.

—Me sorprendí bastante naturalmente —continuó—, pero estoy seguro de que nuestros exploradores saben todavía cómo servirse de un telescopio. Descríbeme de nuevo y con toda exactitud lo que ocurrió.

—Una patrulla hacía su reconocimiento habitual aproximadamente a treinta millas al nornoroeste de aquí —dijo Delp con mucha firmeza en sus palabras—. Esto era el área general de la isla llamada... No puedo pronunciar este

nombre desprovisto de la mano de los dioses, señor; significa el Vuelo de las Banderas.

—Sí, sí —asintió Syranax—, debes saber que he echado un vistazo al mapa de cuando en cuando.

T'heonax hizo una mueca. Delp no pertenecía a la corte. Este era su inconveniente. Su abuelo había sido un simple constructor de barcos, su padre nunca fue más allá de la capitania de una simple escuadra. Fue más tarde cuando la familia se ennoblecó por los heroicos servicios de la batalla Xarit'ha, naturalmente. Pero ellos habían permanecido en un rango de poco nivel. Un puñado de gentes que apenas podía sobrepasar a los de su alcurnia.

Syranax como respuesta a estos aciagos días de hambre y miseria, había escogido oficiales basándose tan solo en la habilidad demostrada. De este modo el poco importante Delp hyr Orikan se había visto ascendido, en pocos años al segundo más alto puesto en Drako. Su alzamiento, sin embargo, no había desterrado la rudeza de su educación, o bien, enseñado como comportarse con nobles *reales*.

Si Delp era popular con los marineros más comunes, era al mismo tiempo el que se acogía con más disgusto por parte de muchos aristócratas. Para ellos continuaba siendo, un *parvenú*, un tosco, con el nervio que se acoplaba a un Sa Axallon. Una vez que las alas protectoras del almirante se plegaran con la muerte...

T'heonax saboreaba con anticipación lo que ocurriría a Delp Orikan. Sería muy fácil encontrar alguna acusación a su nombre.

El Ejecutivo continuó:

—Lo siento, señor —murmuró—, no quise decir... somos aún tan profanos en lo que concierne a este amplio mar. Los exploradores vieron este objeto flotante. Era algo como nunca habían oído anteriormente. Dos de ellos regresaron volando para darnos cuenta de ello y pedirnos consejo. Fui a ver lo que ocurría por mí mismo. Señor, ¡es verdad!

—Un objeto flotante seis veces más largo que la más larga de nuestras canoas, como hielo, y aún, ni siquiera como hielo. —El Almirante sacudió su cabeza gris. Muy despacio puso la bujía en el encendedor. Pero fue con violencia innecesaria que condujo el pabito al pequeño cilindro de madera de la pipa. Moviéndolo de una parte a otra, aproximó el fuego a la cazoleta de pipa y aspiró profundamente.

—El cristal de roca más pulido podría tener un aspecto muy parecido a este artefacto —se explicó Delp—. Pero no tan brillante. Pero no con tantos destellos.

—¿Y hay animales que se mueven en su interior?

—Tres, señor. Aproximadamente de nuestra talla, o un poco mayores tal vez, pero sin alas y sin cola. No son precisamente animales... creo. Al parecer llevan trajes y no creo que el artefacto brillante haya sido concebido a modo de barco. Se mueve entre las olas abominablemente y da la impresión de no poder cambiar su emplazamiento.

—Si no es un barco ni otro artefacto desprendido de algún puerto, entonces por todos los dioses, ¿de dónde viene?, ¿de las profundidades?

—No lo creo, capitán —dijo Delp con irritación—. Si fuese así, los seres que hay en él serían peces o mamíferos o... bueno, capaces de nadar de todos modos. Pero no lo son, tienen el aspecto de una configuración típica terrestre no apta para el vuelo, a no ser por tener solamente cuatro miembros.

—Entonces, debo presumir que cayeron del cielo —dijo con burla T'heonax.

—No me sorprendería en absoluto —contestó Delp en voz baja—. No hay otra dirección de donde hayan podido venir. —T'heonax se sentó sobre sus talones, con la boca completamente abierta. Pero su padre, solo movía la cabeza asintiendo.

—Muy bien —murmuró Syranax—, me encanta ver que hay un poco de imaginación en todo esto.

—Pero ¿desde dónde vinieron, volando? —espetó T'heonax.

—Tal vez nuestros enemigos de Lannach tienen algo que ver con esto —dijo el Almirante—. Ellos cubren una parte mucho más grande del mundo cada año, que lo que nosotros hemos cubierto en muchas generaciones; ellos tienen contacto con un centenar de tribus bárbaras allá abajo en los trópicos e intercambian noticias.

—Y mujeres —dijo T'heonax. Habló en esa mezcla de voz desaprobadora, que era característica de la flota entera cuando miraba las vestiduras de los emigrantes.

—Eso no importa —respondió Delp.

T'heonax respondió con viveza:

—Tú, cachorro que te pones de parte de las clases bajas, ¿tú te atreves...?

—¡Cierra el pico! —gritó Syranax.

Tras una pausa continuó:

—He hecho investigaciones entre nuestros prisioneros. Entre tanto, será mejor que enviemos una canoa rápida antes de que este objeto lo encuentren otros.

—Pueden ser peligrosos —advirtió T'heonax.

—Exactamente —dijo su padre—. Si es así estarán mejor en nuestras manos que si por ejemplo los encontraran los lannach'honai e hiciesen con ellos una alianza. Delp, coje el Temnis con una abundante y buena tripulación. Y lleva contigo a ese tipo del Lannach que capturamos, ¿cómo se llama ese lingüista profesional...?

—¿Tolk? —se apresuró en contestar el Ejecutivo mostrando una pronunciación poco habitual.

—Sí. Tal vez él pueda hablarles. Envía exploradores, una vez estés allí para que me tengan al corriente pero mantente lo suficiente alejado de ellos con la flota principal, hasta que estés bien seguro de que los seres que hay en ese artefacto, nos son inofensivos. Mantente también alejado hasta que yo haya desbaratado cualquier temor supersticioso, acerca de los demonios marinos, pero sé rudo si debes

serlo. Siempre podemos pedir excusas más tarde... o lanzar los cuerpos por la borda. Ahora, ¡vuela!  
Y Delp, voló.

## Capítulo 2

---

LA DESOLACIÓN le tenía apesado.

Incluso desde este bajo y balanceante crucero del cielo asesino, Eric Wace podía ver una inmensidad de horizonte. Pensó que la inmensa dimensión de este anillo, donde el pálido cielo se encontraba con el gris que formaban las nubes y los tómulos tormentosos, y los grandes azotes de las olas, eran suficiente para aterrorizar a un hombre. El aspecto que presenta la muerte que nos acecha había sido arrojado anteriormente, sobre la Tierra, por muchos de sus antepasados; pero el horizonte de la Tierra, no era tan remoto.

No importaba que estuviese a un centenar de años luz de su propio sol. Tales distancias eran demasiado grandes para poderlas comprender; se convertían en simples números, y no asustaban a alguien que contaba en su haber un viaje en nave espacial por semana.

Incluso los diez mil kilómetros de océano abierto, a un mundo de un solo grupo humano, gente emplazada allí por misión especial, no significaban más que otro número.

Más tarde, si vivía, Wace tendría que dedicar un tiempo agonizante, preguntándose cómo poder enviar un mensaje a lo largo de todo este vacío, pero por el momento estaba demasiado ocupado en mantenerse con vida.

Pero la distancia total del planeta era algo que él podía ver. Esta visión no se le había hecho presente antes en sus dieciocho meses de estancia, pero entonces había estado aislado tanto psicológicamente como físicamente por una

inconquistable maquinaria técnica. Ahora estaba solo en un bajel que se hundía y estaba dos veces más lejos para poder mirar a lo largo de las desagradables olas de los límites del mundo de lo que lo había estado de la Tierra.

El crucero del cielo se conmovió y balanceó de una parte a otra bajo un impacto salvaje. Wace perdió su equilibrio y resbaló a lo largo de las planchas metálicas curvadas. Con rabia fue buscando con sus manos el cable de la luz que azotaba las cajas de comida en la torreta de navegación. Si iba hacia un lado sus botas y vestidos le hundirían hacia abajo como una piedra. Se agarró a tiempo y se dispuso a descansar un poco, la ola inoportuna abofeteó su rostro como si fuese una mano húmeda y salada.

Temblando de frío, Wace terminó de arreglar y ordenar la última caja y ponerla en su sitio y luego fue arrastrándose hacia la escotilla de entrada. Era una pequeña y miserable puerta de emergencia pero el paseo de cubierta de cristal, sobre el que los pasajeros habían paseado mientras los pilotos del crucero lo conducían a través del cielo, estaba lleno de agua y sus adornadas puertas de bronce sumergidas. El agua había llenado la sala de máquinas ahora totalmente averiada, cuando se hundieron. Desde entonces la nave había estado tomando agua alrededor de todos los retorcidos muros de contención, hasta que toda la nave estuvo a punto para un pargo y último viaje al fondo del mar.

El viento pasaba silbando por sus debilitados dedos y a través de sus mojados cabellos, intentando mantener abierta te escotilla mientras que Wace quería cerrarla tras él. Tenía una lucha contra el tifón. ¿Tifón? ¡Demonios, no! Tenía solo la velocidad de un viento que hubiésemos considerado normal, pero con una presión atmosférica seis veces superior y que azotaba como una tormenta terrestre. ¡Condenado PLC 2987165 III! ¡Maldito el mismo PL, y condenado Nicholas van Rijn y aún todavía más condenado Eric Wace por ser tan loco como para trabajar por la Compañía!

Brevemente, mientras luchaba contra la escotilla, Wace miró por encima de la espuma de las olas, como si buscara una salvación. No divisó más que un sol rojizo y grandes bancos de nubes, sucios de tormenta, en el norte y unos cuantos puntos, que pertenecían probablemente a la tierra en que se encontraban.

Satán hería con sus rayos a esas gentes nativas que no venían para ayudarles. Al menos deberían esos rayos desaparecer mientras seres humanos se ahogaban, en lugar de quedar allí suspendidos en el cielo regocijándose.

Wace cerró la escotilla, se separó de ella con rapidez y bajó la escalera. A sus pies tenía que mantenerse con fuerza contra las fuertes sacudidas. Aún podía oír las olas batiéndose sobre la nave y la fuerza del viento.

—¿Está todo en orden?

—Sí, mi señora —dijo—, tanto como lo haya estado nunca.

—Lo que no es mucho, ¿no? —La señora Sandra Tamarin ejerció todo su fulgor sobre él. Tras esto ella no significaba más que otra sombra en la oscuridad de la nave muerta—. Pero pareces una rata ahogada, amigo mío. Ven, tenemos vestiduras secas para ti.

Wace asintió y se despojó de su chaqueta mojada y tiró a lo lejos sus botas llenas de agua. Se hubiese quedado helado sin ellas —no podían estar a más de cinco grados centígrados—, pero parecía que esas vestiduras hubieran permanecido durante mucho tiempo sumergidas en el océano. Sus dientes castañearon mientras la seguía a ella por el pasillo.

Era un hombre alto y joven típico del norte de América, pelo rojizo, ojos azules y con rasgos de dureza en sus facciones que se manifestaban en todo su cuerpo lleno de muy desarrollados músculos. Había comenzado como aprendiz en unos almacenes a la edad de doce años, allá lejos en la Tierra y ahora formaba parte de la Compañía Solar de Especias y Licores en todo el planeta conocido con el

nombre de Diomedes. No había sido una elevación a su rango conseguida a una velocidad sorprendente. Las tácticas de van Rijn eran elevar en categoría de acuerdo con los resultados, que era lo mismo que lograr que una mentalidad de reflejos rápidos, un revólver rápido y una visión clara de las cosas se viese favorecida por la oportunidad en el ascenso. Pero había sido la de él, una sólida y buena carrera con un futuro de ocupaciones sobre los menos aislados y desagradables puestos, ultimado con una posición ejecutiva y de categoría allá en el mundo al que pertenecía y... y ¿para qué servía todo esto si las aguas más desconocidas iban a tragarle en unas cuantas horas?

Al final del pasillo donde se elevaba la torreta de navegación, se mostraba de nuevo el cobrizo brillo del sol que irritaba sus nervios y que se veía en el cielo por debajo de las oscuras nubes, por la parte suroeste a medida que el día declinaba. *Lady Sandra* dejó su antorcha y señaló hacia un lugar sobre la cubierta. Al otro lado se hallaban las vestimentas exteriores, vestimentas reforzadas, suaves y protectoras que él necesitarla antes de aventurarse de nuevo en el exterior sometiéndose a la primavera equinoccial.

—Ponte todo esto —dijo ella—. En cuanto el bote empiece a hundirse, tendremos que abandonarle a la mayor velocidad.

—¿Dónde está Freeman van Rijn? —preguntó Wace.

—Dedicado a los últimos minutos de trabajo sobre la balsa. Es un hombre muy mañoso con las herramientas, ¿verdad? Pero fue en un momento dado un simple obrero del espacio.

Wace se encogió de hombros y esperó a que ella se fuese.

—Te he dicho que te cambies —dijo ella.

—Pero...

—¡Oh! —Una tenue sonrisa cruzó su rostro—. Nunca pensé en que hubiera un tabú desnudo sobre la Tierra.